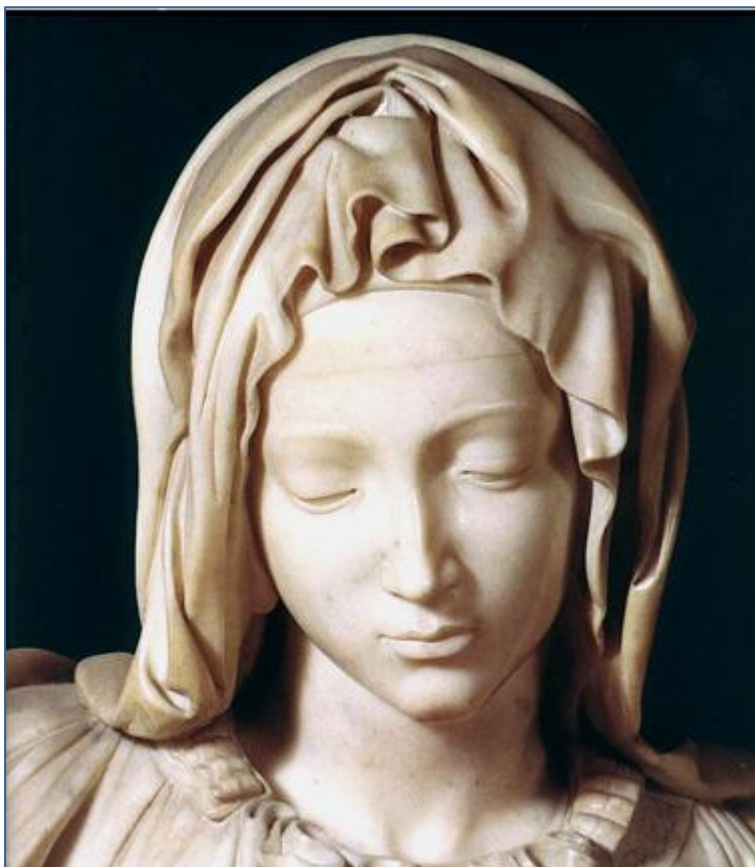


## Requiebros a la Virgen María

del libro de Antonio Orozco, *Aprender de María*, Ed. Rialp, 2010, pp. 221-225

A la pregunta de los Ángeles, *¿Quién es Ésta?*, podríamos comenzar a responder de muchas maneras. Una de ellas sería por las Letanías del Santo Rosario. Son, como decía, *piropos*, «*piropos encendidos a Santa María: Madre de Cristo, Madre Inmaculada, Madre del Buen Consejo, Madre del Creador, Madre del Salvador..., Virgen prudentísima..., Asiento de la Sabiduría, Rosa mística, Torre de David, Arca de la Alianza, Estrella de la mañana..., Refugio de los pecadores, Consoladora de los afligidos, Auxilio de los cristianos...*»<sup>[1]</sup>.



Los hijos de Dios han *piropeado* de mil maneras a la Madre de Dios, continuando la bendita tradición iniciada por aquella mujer que en medio de la multitud, «alzando la voz, le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron» (Lc 11, 27). San Josemaría, hablando en México a un numeroso grupo de personas dijo: «Vosotras, mujeres, que sois tantas aquí, ¿os gusta que os echen piropos, que os digan cosas de cariño? ¿Sí o no?. -Sí, Padre, contestaron todas al unísono, con ratificación unánime de los caballeros-. Pues a la Madre de Dios – continuó - le gusta lo mismo, ¡Es mujer! Es una mujer

maravillosa, la criatura más espléndida que ha podido el Señor crear, llena de perfecciones. Que le gusten los piropos no es una imperfección. De modo que ya sabes: tú y yo la piropearemos, irezaremos el Rosario! ¡No ha pasado de moda! ¡No es verdad: ¿Desde cuándo ha pasado de moda decir una cosa agradable y verdadera a una mujer, una cosa limpia? Estáis todos de acuerdo conmigo.»<sup>[2]</sup> Se entusiasmaba el fundador del Opus Dei, al evocar el Pilar de Zaragoza: «Entre las paredes de este templo -que parecen de piedra y son de amor-, se ha encendido el cariño de muchas generaciones de cristianos. Mi preferencia va a los gestos y a las palabras que han quedado entre cada alma y la Madre de Dios; a esos millones de jaculatorias, de piropos callados, de lágrimas contenidas, de rezos de niños, de

<sup>1</sup> San Josemaría Escrivá, *Santo Rosario, Letanías*.

<sup>2</sup> San Josemaría Escrivá de Balaguer a los pies de la Virgen de Guadalupe, en SEDS, número especial, México, 2 de octubre de 1976, Ed. de Revistas. S. A.

tristezas convertidas en gozo al sentir en el alma la caricia amorosa de Nuestra Madre.» [3]

Piropos espontáneos, que cada uno le dice a la Virgen según su personal irreplicable modo de ser. Conozco uno, que le dijo un chavalín de unos diez años. Le habían explicado en clase más o menos esto mismo que venimos diciendo. Al salir, fue rápido hacia una imagen de la Señora que estaba en medio del jardín. Caía sobre ella el sol de mediodía, hacía mucho calor. El pequeño le soltó: «¡Guapa! ponte a la sombra, que al sol los bombones se derriten.» ¡Estupenda oración!. Es bueno que los niños imiten a los mayores y los mayores a los niños, porque todos somos iguales ante Dios y Nuestra Madre. Para una madre, el hijo, aunque peine canas, no es más que un niño. Este es el secreto para tratar a la Virgen y *aprovecharse* de su cariño: no querer ser «mayor», experimentado, viajero de vuelta.

A todo hijo de Dios le encanta encontrar más piropos -antiguos y nuevos- a la Madre de Dios Hijo. Por ejemplo, ¿qué te parece este de Gómez Manrique: "Toda eres toda bella"? No es poco lo que afirma Jerónimo del Río, que debió de ser un buen jugador de ajedrez: "Dama con que el Rey mata al diablo". El diablo, ¡el gran *cornúpeto*! Ella le aplastará la cabeza (Gen 3).

En el Cancionero general de Hernando del Castillo, se encuentra una letanía espléndida: *Clara lumbre / luz del día / espejo de Dios / templo santo / perla / zafiro / vaso blanco cristalino / paraíso / huerto precioso / planta de fértil rosa / Rosa / flor de flores / rosa de rosas / madre preciosa / madre cristalina / la rosa entre las flores / lucero amado.*

En el "Poema de la Bestia y el Ángel", se dice que éste es el dogma de María: *...que tiene / finura de cristal, hipérbole de amores y gracias de requiebro.*

Todo es muy razonable si se tiene en cuenta que Ella es "el Sol que da a luz al Sol hermoso" (Lope), "Madre de fremosura" (Alfonso X, *Cantiga X*), Madre del Amor hermoso... Y como es a la vez Madre de Dios y Madre nuestra, bien dice Calderón cuando en *El cubo de la Almudena* explica la universal experiencia de los buenos hijos de Dios: *Si trabajando vosotros / aclamáis a María bella, / cuidando nosotros della, / Ella cuida de nosotros.*

Hernando de Talavera, allá por el siglo XVI, canta: *Llena de inmensidad / De aquel Dios inmensurable, / Dios de Dios; / Llena de sonoridad / Del Verbo eterno inefable.*

Y ahora, para que no nos insidie sombra alguna de tonta vanidad, Juan del Encina, entre piropos y teologías, como quien no quiere la cosa, suelta una lección magistral, muy adecuada para escritores marianos, en su "Tratado de la Asunción":

*Dame tu gracia graciosa,  
gracia de gracia de Dios,  
pues, anqué y tu soys  
dos  
en querer soys una  
cosa,  
¡o Madre de Dios y Esposa!  
ven, Señora, ven a mí,  
que no ay fuerça tan forçosa  
que pueda ser poderosa*

---

<sup>3</sup> S. Josemaría E., *La Virgen del Pilar*, en "Libro de Aragón", Zaragoza 1976

*de escribir de ti y sin ti.*

Es obvio, pues, que Ella está con los que de Ella escriben y sin duda también con los que de Ella leen. Leamos pues lo dicho por Fray Pedro Manrique de san Alonso de Orozco: «lo más de la vida gastó en alabanzas tuyas: perdía el seso en la consideración de esta Señora, de lo que fue y de lo que merecía». ¡Si esto pudiera decirse de cada uno de sus hijos! Perder el seso, querer *con locura* a la Madre de Dios. Esta es una expresión muy de san Josemaría: «Te daré un consejo, que no me cansaré de repetir a las almas: que ames con locura a la Madre de Dios, que es Madre nuestra». Recuerda:

*Una Niña y un Niño  
Vengo de ver,  
Que Dios ve con ellos  
Todo cuanto ve.  
En sus ojos santos  
Por niñas los tiene,  
Y con ellos mira  
Cuanto puede y quiere;  
Dichoso mil veces  
Quien verlos merezca  
Con tanta belleza,  
Luz, gloria y poder;  
Que Dios ve con ellos  
Todo cuanto ve.*

### **Hacer como Dios**

Lope de Vega, Calderón de la Barca, juegan bellamente con un gracioso equívoco, con las palabras «niña», mujer en ciernes y «niña», pupila donde se reflejan las cosas y en ella se ven, se miran y se admiran. Jesús y María, «*Niñas* de los ojos de Dios». En la Escritura Santa Dios es *El Que Ve*. Ve como Dios. Pero Dios se hace hombre sin ficción. La divinidad se une entrañablemente a la humanidad sin suplantarla. Dios Niño ve con *ojos de Dios* y con ojos de niño, desde que nació en Belén. Ya nada humano le es ajeno. Salvo el pecado. Ve de tejas arriba y de tejas abajo. Pretende que sus hermanos los hombres aprendamos a ver de un modo humano y a la vez divino, de tejas abajo y de tejas arriba, inunca solo de tejas abajo!. Hacer como Dios, que tiene por *niñas* de los ojos las de Jesús Niño y las de su Madre Niña.

¿Cómo se hará esto? Mirando, admirando, tratando, pidiendo, como rogaba san Josemaría: «¡que yo vea con tus ojos, Cristo mío, Jesús de mi alma!». Cabe añadir: «¡que yo vea con tus ojos, *Niña mía, Niña de los Ojos de Dios!*»

Dios nos ve y nos mira «desde» siempre, desde fuera, pero sobre todo desde lo más íntimo de nosotros mismos. Es más íntimo a mí mismo que yo mismo; tantas veces lo recordamos con esa expresión de san Agustín. Los ojos de Dios no nos son ajenos. Sólo puede airarse su mirar cuando huimos del ámbito en que Jesús y María se hallan. Dios será siempre Amor, Dios enamorado. Las personas tenemos la facultad de situarnos en el punto de vista de los demás. Los grandes escritores, narradores de fábulas y cuentos, novelistas, poetas, lo han hecho. Identificados con innumerables personajes los han recreado en el papel o en el escenario. La intersubjetividad del «nosotros» es el resultado de la natural apertura de la persona que no se no se encapsula ni se encierra en su torre de marfil. Ver con «los ojos de Dios» no es una empresa imposible. Con su Gracia, la persona es capaz de entender a Dios y de ponerse en «su lugar». No de un modo absoluto, claro es, pero sí relativo, que es mucho. Entonces se comprende todo, aun lo que no se

comprende. Hasta se comprende que no nos comprendan. Porque se ve desde la intimidad del otro. ¿Cómo podría decirse, si no, en lo alto de la Cruz: «¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen!?»». Mirada humana divinizada, mirada divina de Dios humanado.

Dios «ve» con los ojos de Jesús y de María. ¡Soy conocido y comprendido hasta en los más ocultos entresijos de mi alma!. Mirada que también ve con nitidez lo mismo que yo veo, tal como yo lo veo, solo que en un contexto más amplio, extendido en la eternidad. ¡Dios también ve con mis ojos!. Mi conversación de tú a Tú con Dios no tiene comparación en hondura, claridad, comprensión, amor, ternura, con ninguna otra posible.

*Un Niño y una Niña vengo de ver  
Que Dios ve con ellos  
Todo cuanto ve.  
En sus ojos santos  
por niñas los tiene.  
Y con ellos mira  
Cuanto puede y quiere:  
Dichosos mil veces  
Quien verlos merezca  
Con tanta belleza,  
Luz, gloria y poder;  
Que Dios ve con ellos  
Todo cuanto ve.*